Domingo 13 de febrero de 1994

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

Segundas partes nunca... La moda de seguir libros famosos, por Marcos Mayer 6

ENTREVISTA EXCLUSIVA A JORGE AMADO Y UN FRAGMENTO DE SU NUEVA NOVELA

Elvio Gandolfo y lo policial en su reciente novela, "Boomerang" 8



Es el más popular de los escritores brasileño y el autor de su país más conocido en el mundo, traducido a más de treinta idiomas. Se trata de Jorge Amado, claro, creador de "Doña Flor y sus dos maridos", "Gabriela, clavo y canela" y "Capitanes de la arena". A los ochenta y un años no ha perdido la inquietud y, antes de sumergirse en variados compromisos, conversó con **Primer Plano** sobre su último libro, "El descubrimiento de América por los turcos", su obra, su Bahía, sus lecturas, su vida (Páginas 2/3).

JORGE AMADO Y

ERIC NEPOMUCENO,
desde Brasil

De escritor, Jorge Amado no tiene nada, salvo, desde luego, lo que escribe y es leído por millones de lectores desde hace más de medio siglo. En realidad, Jorge Amado es un veterano capitán de un sólido y viajado barco, de esos que de tanto cruzar los mares del mundo tienen el casco impregnado de la memoria de todas las aguas, todos los viajes.

Pensándolo mejor, de viejo capitán Jorge Amado tampoco tiene nada –salvo, desde luego, los viajes–. En realidad, Jorge Amado es un sólido y muy viajado barco. El verdadero capitán es Zelia Gattai, su compañera de hace siglos, y la casa de Rio Vermelho, en Salvador, Bahía, es algo más que una casa. En primer lugar, hay que entenderla como un muelle donde suelen atracar, entre largos períodos de ausencia, el barco Amado y su sereno y cálido y severo capitán.

La casa es amplia, asoleada, cercada de árboles y de una ancha galería por donde entra la brisa. En la galería hay una mesa larga y ancha, un par de hamacas y una infinidad de pequeños objetos de arte popular, cerámicas de todo el mundo. Bajo las tejas manchadas de tiempo él suele reunirse al caer la tarde con algunos de los entrañables amigos. Entonces, y más que nunca, es como un viejo y sólido barco.

La casa de Rio Vermelho fue comprada hace mucho, con el dinero que cobró por la venta de los derechos de *Gabriela, clavo y canela* para Hollywood en 1962. La película se realizó veinte años más tarde.

Si tuviese que pagar por todos los objetos de arte de la casa –esculturas, cuadros, cerámicas– dice él que tendría que vender muchos libros más para Hollywood. Todo lo ganó de regalo, excepto un gran sapo de cerámica que robó del jardín de la casa del pintor Carybé, uno de sus más fraternales amigos, cierta madrugada.

Hace algunos años, Zelia Gattai mandó construir un refugio especial para Jorge Amado. "Es amplio, tiene una espléndida vista al mar, está aislado del mundo", dice ella con orgullo. Pero Jorge Amado no usó el estudio jamás, de la misma forma que jamás se acercó a la computadora que es usada por su hija Paloma.

En los fondos de la casa hay otro estudio de Jorge Amado. Allí están todas sus obras en todos los idiomas a los que fueron traducidas, inclusive una cantidad impresionante de ediciones piratas. El busca la parte donde están sus libros en griego. Hay buenas portadas, libros bien hechos. "De todos ésos –cuenta Jorge Amado–, solamente dos fueron efectivamente comprados por editoriales griegas. Todos los demás fueron pirateados." Y luego, con paciente sonrisa, aclara: "Pero no hay ninguna diferencia entre ellos: la verdad es que nunca me pagaron un centavo".

En el estudio de los fondos de la casa, al lado de la piscina, trabaja la secretaria. Una o dos veces por día él pasa por allí, como quien llega de visita.

Uno busca en la casa enorme el refugio del escritor, y no lo encuentra hasta que Zelia aclara el misterio, señalando la amplia y sólida mesa de la sala: "Jorge trabaja aquí, en aquel rincón".

Por las mañanas él cuida de la correspondencia, dispara llamadas telefónicas, escribe. Luego del almuerzo y de la siesta, recibe algunas visitas, atiende algunos compromisos y a las cinco sale del mundo. Escuando se refugia en la galería de los objetos de arte popular y de la hamaca y de la brisa que viene del mar y pasa por los árboles, y espera la llegada de alguno de los integrantes de la vieja cuadrilla, como el pintor Carybé, o la de su hermano James Amado, o algunos de esos fraternales compañeros que él, coleccionista de afectos, reunió a lo largo de sus ochenta y un años de vida.

La pareja de escritores recibe una cantidad impresionante de pedidos y encargos. Hay desde la joven poeta que envía a cada uno copia de los originales de su libro, pidiendo no solamente una opinión sino todo un prólogo, hasta pintores desconocidos que necesitan el texto para el catálogo de una muestra de estreno, proyectos de adaptaciones más o menos dudosas de sus libros para cine, teatro o televisión, entrevistas de todas las partes del mundo.

Zelia Gattai es más cauta y logra imponer la distancia necesaria para poder escribir (como si atender a Jorge Amado fuese poco...). Pero él es más distraído. Y aun cuando vive períodos de decir *no* a casi todo, ese *casi* que sobra eslo suficientemente grande para ocupar tajadas gigantescas de su tiempo. Por estos días, Jorge Amado está involucrado con una serie de encargos que lo obligan a escribir sin pausa, sin acercarse al viejo proyecto que alimenta desde hace casi diez años, una novela llamada *Boris, el Rojo*, que ya fue empezada y abandonada al menos media docena de veces.

Lo que le pasa a Jorge Amado es que, dos palmos más abajo de su cabellera de nieve, él guarda un arsenal de vida y memorias. Y, sobre todo, un corazón grande como un viejo barco. Hace un año o casi, en mayo del año pasado, el corazón le dio un susto. Los médicos dijeron que fue un infarto. Pero en algún rincón de su alma Jorge Amado sabrá que en realidad lo que pasó fue que el corazón le pidió un poquito de sosiego, cansado que estaba de tanto caminar sin cesar. Una paradita nomás, para luego seguir camino, con la carga de siempre, desbordando historias y afectos y memorias. Y libros, como la nueva novela que publicará en abril: *El descubrimiento de América por los turcos.*

Jorge Amado nació en Bahía en 1912 y allí comenzó a escribir en 1933, cuando publicó "El país del carnaval", para no abandonar ni la tierra ni el hábito literario nunca más. Hoy, a los ochenta y un años, el escritor brasileño más difundido en el mundo, cuyas obras han sido best-sellers y éxitos en sus versiones cinematográficas —"Doña Flor y sus dos maridos", "Gabriela, clavo y canela", "La tienda de los milagros"— está a punto de publicar una nouvelle, "El descubrimiento de América por los turcos", la historia de un sirio y un libanés que llegan, para quedarse, a Bahía en 1903. Sobre ese texto (del que se reproduce un fragmento en la página 3), sus nuevos proyectos, sus recuerdos, su vieja militancia comunista, su literatura, sus maestros, su fórmula para seguir adelante —"escribir, escribir, escribir"— habló en Bahía con Eric Nepomuceno, periodista corresponsal de Página/12 y escritor él mismo.



–¿Cómo es, luego de tantos años y tantos libros, mantener la mano caliente para la escritura?

–Vamos a hablar de la creación literaria, prosa y ficción. Creo, siempre lo creí, que lo fundamental es haber nacido para eso. No digo nada nuevo, desde luego. Y más: creo que es lo mismo para el músico, para el pintor, para el arquitecto, el escultor. Pero eso no basta. Hay gente que nació para escritor y nunca hizo nada, porque es necesario, para el punto de vista de la escritura, de la ficción, trabajar y trabajar mucho. Haber nacido para eso es la parte misteriosa, la que no tiene ninguna explicación posible. Pero hay que complementarla con trabajo, escribiendo todos los días, principalmente cuando se es joven. Y luego leer a los grandes maestros.

–¿Quiénes han sido sus grandes maestros?

–Ah, mucha gente. Mucha. Soy deudor de muchos escritores, de muchas familias de escritores, porque a la literatura yo la divido en familias. Rabelais, por ejemplo, sería el padre primero de la familia con la cual me siento identificado, sin que eso quiera establecer comparaciones. Al fin y al cabo, en toda familia existen los escritores grandes, los medianos y los menores...

–¿Sigue leyendo mucho?

–No me canso de leer, y especialmente de leer a Rabelais. Ahora mismo releo un libro que traje de París para regalarle a un amigo y me lo robé antes de dárselo... Y Cervantes, claro, y Dickens, con quien aprendí que nadie es completamente malo, que hasta el más miserable de los seres humanos tiene siempre una luz, aunque sea una pequeña luz. Con él aprendí a amar más a los vagabundos, a los desposeídos de la vida, pero también con Gorki. De

SUS DOS PASIONES

los brasileños, la poesía de Gregorio de Mattos me marcó mucho. Con su poesía extraordinaria, él fue el primero en llegar al fondo de la vida de Bahía. De los novelistas brasileños, yo destaco siempre a José de Alencar, a cuya familia pertenezco, y Antonio Manuel de Almedia, ambos del siglo pasado. Habría muchos más, pero no quiero extenderme demasiado. Otro al que quiero recordar es a Mark Twain, pero no el de Tom Sawyer y Huck, que leí muy joven: al de los cuentos, el Twain maduro, con su visión de la vida norteamericana, de la vida del pueblo. Y el humor.

–¿El humor?

–Claro. Mi obra ganó, a partir de cierto momento, cierto humor. Eso tarda en ocurrir porque creo que, al menos en literatura, el humor no es una cosa de la juventud. Los jóvenes no sienten fácilmente el humor. Son serios, graves, en general son radicales, tienen muchos compromisos con cosas serias. El humor es algo que te llega con la edad madura. Estoy seguro que tener el punto de vista de la sonrisa y no de la rabia es una conquista que te llega con la edad. Eso vale como experiencia de vida y también como experiencia literaria.

–Entonces, ¿en sus primeros libros no hay humor?

–Poco. La crítica muchas veces dice que en mis primeros libros existe un clima un tanto épico. No lo sé. Lo que sí sé es que tienen una cierta unidad, creo que toda mi obra tiene una cierta unidad, que viene de mi posición frente a los problemas del pueblo brasileño, y que fue siempre la posición de los que están al lado de los pobres, de los desheredados, de los desposeídos, de los maltratados. Alguien quiso agredirme, cierta vez, diciendo que soy el escritor de las putas y de los vagabundos. No fue ninguna agresión, fue un elogio. Siempre busqué describir la libertad contra la opresión, los ofendidos frente a los opresores. De ahí viene la unidad en mi obra. Sin embargo, nadie ejerce un oficio a lo largo de sesenta años, como lo hago yo, manteniendo una unidad total del primero al último libro. Uno vive mientras escribe, y mientras vive y escribe aprende algo más del oficio. Cualquier escritor que tenga el tiempo de trabajo que tengo yo acaba por aprender alguna cosa.

–Será mucho, entonces, lo que aprendió...

–Diría que algo sé. No mucho. Sé, al menos, lo suficiente para saber cuándo, en una novela, algo es correcto o equivocado. Sé cuándo un personaje está vivo, definido. Es cuando se hace ver. Ya me ocurrió muchas veces. El personaje termina siendo lo que tiene que ser, y no lo que al autor le gustaría. Ya viví muchas veces la experiencia de armar un personaje, estructurarlo, darle todo para que ejerciera el destino que le dispuse, y de repente pasaba todo lo contrario. Y cuando el personaje se impone, no hay que dudar: la razón la tiene él. El personaje no se equivoca, cualquier escritor lo sabe: cuando el personaje está vivo, no es un títere. El personaje termina siempre por hacer lo que quiere o tiene que hacer, y no lo que determina el autor. Lo sé yo, lo sabes tú, lo sabemos todos los que escribimos.

–¿Qué puede contar de su nuevo libro, El descubrimiento de América por los turcos*?*

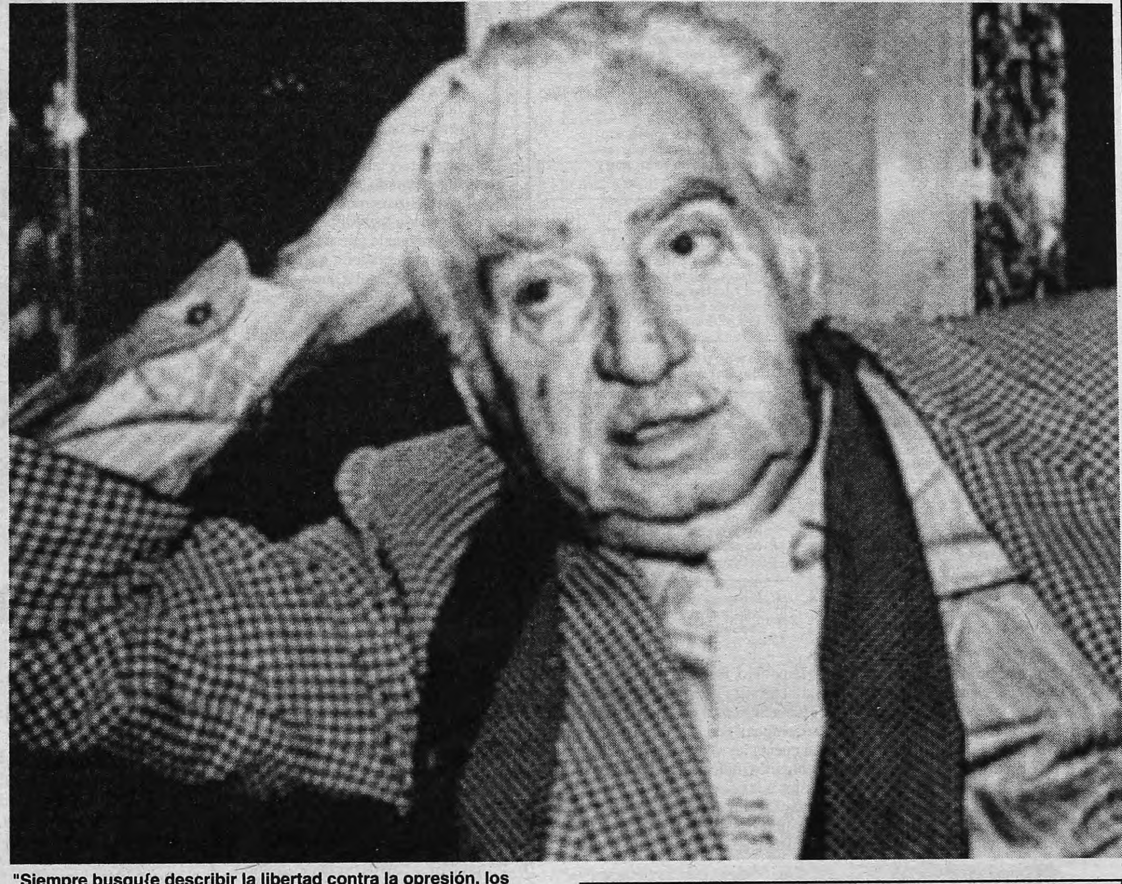
–Sale ahora, en abril. La historia es simple, aunque muy complicada en apariencia. Hace algunos años –tres o cuatro– me buscó un señor italiano, con la idea de que yo sumara mi nombre al de Carlos Fuentes y al de Norman Mailer en un libro colectivo. Seríamos tres autores, cada uno contando su versión del descubrimiento de América. Ese señor era de una empresa italiana de relaciones públicas. La idea era editar con el patrocinio de una gran empresa estatal de Italia, trescientos mil ejemplares de ese libro. El libro estaba previsto para las celebraciones de los quinientos años del descubrimiento de América. La idea me pareció interesante, llegamos a un acuerdo financiero que me pareció interesante, y listo. El libro debería ser publicado en italiano, inglés, portugués y castellano, y sería distribuido gratuitamente entre abril y setiembre de 1992. Luego de tres años los derechos volverían a sus autores. El libroseria repartido en todos los vuelos entre Europa y América. Buena idea, ¿verdad? Pero ocurre que con todo ese lío de la operación mani puliti en Italia la compañía estatal que iba a patrocinar el libro desistió, y el libro quedó en un cajón. Ahora sale en inglés, en castellano, en alemán y, claro, en portugués. Ya salió en francés y en turco. Es una novelita, o un cuento largo, como quieras.

–¿Cuál es el título del libro?

–Se llama *El descubrimiento de América por los turcos* o *De cómo a Jamil Bichara, desbrozador de selvas, de visita en la ciudad de Itabuna para recuperar fuerzas, le ofrecieron fortuna y casamiento* o *Además las bodas de Adma*. Es esencialmente una historia de dos hombres –un sirio y un libanés– que llegan a Bahía en 1903. Se sabe que en Brasil todos los que vienen de países árabes terminan siendo llamados turcos. Hay pocos turcos en Brasil, turcos de verdad. Lo que pasa es que todos los árabes, sirios, libaneses, egipcios, en fin, todos los de aquélla parte del mundo se transforman en Brasil en turcos. Somos un país absolutamente mestizo, y en muchas partes –Bahía inclusive– la presencia de los "turcos" es muy importante. Es la historia de dos de ellos y de cómo descubrieron la vida en Brasil. No sé cuándo sale en castellano, pero creo que también en 1994.

–¿Tiene nuevos proyectos?

–Claro. Es lo que decía antes, escribir, escribir, escribir. Imagínate que hace poco encontré un amigo, buen escritor, que pasó casi veinte años sin lograr escribir. No puedo figurarme tragedia más terrible. Por una serie de razones, por un sinfín de compromisos políticos inevitables, él dejó de escribir regularmente a lo largo de todo ese tiempo. Hace algunos meses, ese amigo se refugió en el interior de Portugal para enfrentarse al peor de los espejos: la hoja en blanco. Para saber, de una vez, si la mano quedó seca para siempre o si todavía puede volver a calentarse. Sigo, por suerte, con viejos proyectos, y además están los encargos de siempre. Estoy trabajando, siempre y siempre.



"Siempre busqu{e describir la libertad contra la opresión, los ofendidos frente a los opresores", reivindica Jorge Amado.

La Bahía de los turcos

Fragmento

JORGE AMADO

Aquí estoy para contar lo sucedido con Jamil Bichara, Raduan Murad y otros árabes en pleno descubrimiento del Brasil ahí por los comienzos del siglo. Los primeros en llegar del Oriente Medio traían papeles del imperio otomano, motivo por el cual hasta nuestros días se los llama turcos, la buena nación turca, una de las muchas que, amalgamadas, compusieron y componen la nación brasilera.

Iniciada a bordo, la amistad a establecerse de por vida entre Jamil Bichara y Raduan Murad prosiguió y se reforzó cuando los dos inmigrantes decidieron, sin consulta previa entre ellos, intentar fortuna en las tierras del sur de Bahía, el recién descubierto El Dorado del cacao.

(...)

Tipo imprevisible: Raduan Murad sonrió con bonhomía al escuchar el singular comentario. ¿Cuántos no estarían pensando lo mismo sin atreverse a decirlo? Le hizo daño que Adib se interesase tan poco en la hija del almacenero, que desdeñase a la hija de un comerciante, una lástima.

–¿Quién dijo eso, profesor? Muéstreme donde haya alguna bien dispuesta y voy corriendo. Me sobra mucho paño, si no pregúntele a Aziz...

–Aun cuando la muchacha no sea precisamente una belleza, sino más bien feúcha.

–Si tiene plata ninguna mujer es fea.

–Aprobado, jovencito, veo que has recibido una buena educación.

Best Sellers///

	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Como agua para chocolate*, por Laura Esquivel (Mondaderi, 15,90 pesos).	3	16
2	*Cuentos de los años felices*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos).	1	13
3	*Persecución*, por Sidney Sheldon (Emecé, 10 pesos).	4	9
4	*Lituma en los Andes*, por Mario Vargas Llosa (Planeta, 17 pesos).	2	8
5	*La edad de la inocencia*, por Edith Wharton (Tusquets, 16 pesos).	5	2
6	*Leviatán*, por Paul Auster (Anagrama, 19 pesos). Una novela sobre casualidades y calamidades que permiten al autor reflexionar sobre la escritura y sobre las oscuridades de esta época.	-	1
7	*Sin remordimientos*, por Tom Clancy (Plaza & Janés, 29,50 pesos).	6	5
8	*La casa del terror*, por Dean Koontz (Emecé, 17 pesos). Dos hermanos temerosos de su madre dominada por la bebida y perseguida por un oscuro pasado deciden escapar de su casa para unirse a una feria de diversiones sin sospechar que detrás de las atracciones se esconden los secretos más terribles.	-	1
9	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos).	8	50
10	*Un campeón desparejo*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 12 pesos).	9	5

	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Narcogate*, por Román Lejtman (Sudamericana, 19 pesos).	1	8
2	*Elogio de la culpa*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17 pesos).	3	8
3	*Hacer la Corte*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 22 pesos).	2	13
4	*Curas sanadores*, por Víctor Sueyro (Planeta, 15 pesos).	4	13
5	*La utopía desarmada*, por Jorge Castañeda (Ariel, 28 pesos).	-	2
6	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Tras sobrevivir a violaciones varias y un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	5	132
7	*El jefe*, por Gabriela Cerruti (Planeta, 19 pesos). Vida pública y privada del Presidente: sus ambiciones, su osadía, la relación con los Yoma, la logia P2 y los montoneros. Libro imprescindible para entender qué sucede y qué sucederá en la política nacional.	10	31
8	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos).	8	42
9	*El desafío de la competitividad*, por Bernardo Kosacoff (CEPAL/Alianza, 18 pesos). Compilación que reúne trabajos de destacados economistas que participaron de un congreso de la CEPAL, realizado en Buenos Aires,destinado a evaluar los cambios en la estructura industrial y el comercio exterior a partir del Plan de Convertibilidad.	7	3
10	*Los más inteligentes chistes de gallegos*, por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos).	9	5

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Gandhi, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán). **Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Joseph Brodsky: **La marca de agua** (Norma). El poeta rusonorteamericano, ganador del Premio Nobel en 1987, vuelve con un esperado ensayo que John Updike definió como "la forma de un cristal cuyas facetas reflejan la vida entera". Inclasificable e imperdible.

Francis Scott Fitzgerald: **Algunas historias de la era del jazz** (A-Z Editora). Uno de los primeros títulos de la colección del Reencuentro –que puede definirse por ser económica y ofrecer traducciones nuevas, buenas y locales–, reúne cuatro grandes relatos de una voz inconfundible como la de Francis Scott Fitzgerald a la hora de evocar los ajetreados años locos. Más que destacable es el trabajo de la traductora y prologuista, Susana Cella.

LANZALLAMAS

Memorias de hierro

La aparición de las memorias de Margaret Thatcher, que la editorial Sudamericana iba a publicar en junio, se adelantó a marzo para aprovechar el viaje de la llamada Dama de Hierro a las inmediaciones, Brasil y Chile, ya que a la Argentina rechazó cualquier posibilidad de visita. "Las once semanas que duró el conflicto por las Falklands son el recuerdo más vivo que tengo de mis once años y medio en el poder", escribe al comenzar los dos capítulos dedicados a la guerra de Malvinas, y evidentemente aún lo es. Los empresarios chilenos que la invitaron a dar unas conferencias y que la consideran poco menos que el oráculo político de estos tiempos no le causan tanta impresión.

Los años de Downing Street es en realidad la segunda parte de la autobiografía de la ex primera ministra británica, pero tanto los editores originales, Harper Collins, como los locales decidieron invertir el orden de los dos volúmenes, sabiendo que poca gente puede interesarse en la infancia y la juventud de Margaret Hilda Roberts, luego –aunque muy tarde, como muestra del poco aprecio que la reina le dedica– lady Thatcher. Es más probable que las casi 750 páginas dedicadas al período mayo de 1979-noviembre de 1990 encuentren masivos lectores: esos años vieron llegar y consolidarse el neoconservadurismo, más por acción de Thatcher que del presidente norteamericano Ronald Reagan, elegido un año más tarde que ella; esos años vieron declinar el comunismo y caer el Muro de Berlín.

Gloria Rodrigué, de Sudamericana, teme que el libro "no sea para todo el mundo" y por eso se editarán cautelosos cinco mil ejemplares: el precio de cada volumen es de treinta pesos y "tal vez interese más a los políticos, los sociólogos, los historiadores, los empresarios", estima Rodrigué. "Pero puede ser que por su carácter polémico encuentre otros lectores también", agrega, y no sería improbable.

Como señaló, amigos son los amigos, Henry A. Kissinger en su crítica a *Los años de Downing Street* publicada en *The New York Times* bajo el título *The Right to Be Right* (juego de palabras que implica tanto *El derecho a tener razón* como *El derecho a ser de derecha*), el texto es más que polémico: es exactamente igual a la señora. "Las memorias de Margaret Thatcher son esenciales para comprender su tiempo porque contienen todas las virtudes de su carácter e, inevitablemente, también algunos de sus defectos. Son lúcidas, llenas de opiniones, seguras de sí", señala Kissinger. Y habría que agregar: morbosas. Ningún editor le hubiera pagado por ellas tres millones y medio de libras (algo más de cinco millones de dólares) si no tuviera perlitas como calificar al actual primer ministro británico John Major de "peso liviano en lo intelectual" y "políticamente inocente" o jactarse de que en 1982, durante la guerra de Malvinas, amenazó con renunciar si se intentaba llegar a un acuerdo de paz con la Argentina.

Carnets///

FICCION

ALEBRIJES, por Gerardo Deniz. Ediciones del Equilibrista, 1993, 96 páginas.

Elemental y fascinante

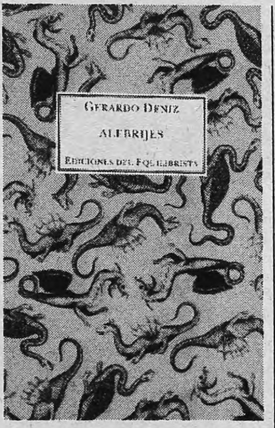
Cualquiera que mire hacia atrás su propia vida difícilmente no concluya diciendo: fue una novela. Pero si esa vida fue lo suficientemente minúscula y miserable, tal vez diga: fue un relato. Deniz, que es, sobre todo, un poeta y tal vez el mejor poeta vivo del mundo, escribió un libro de relatos en los momentos en que logró, si es que lo logró, liberarse de la poesía, si es que lo logró, en su caso, prefirió otra victoria que esa sumisión incondicional a que se ve sometida bajo la pluma cuando Deniz escribe poesía.

Estos hombres que Deniz retrata, perteneciendo al universo indiferenciado de los vivos, no tienen nada en común sino el característico destino de nacer y morir. Lo cierto es que no existe recorrido biográfico que no esconda una grieta, un sobresalto, una insuficiencia secreta o una malformación que no lo cargue de significados misteriosos, siempre inesperados. Lo difícil es reconocerlos y, naturalmente, describirlos: difícil es organizarlos en una coherencia narrativa que descubra la naturaleza y al mismo tiempo, al final, el secreto. Eso es la literatura, y aquí Deniz muestra su talento.

Su escritura es lo más elemental que se pueda imaginar: grandes y chicos, idiotas e inteligentes son llamados a disfrutarla. Pero su sencillez, su extremada sensibilidad es el fruto de una desintegración del lenguaje común, tan impreciso y aproximado que acepta una intervención como la suya, que no aspira a otra cosa que no sea la superación, el más allá.

Otros escritores realizaron esa tarea (apuntando al mismo objetivo) sometiendo (al lenguaje común) a un tratamiento entre paródico y grotesco. Deniz prefirió refinarlo (descomponerlo), liberando energías ocultas: tanto para comprendernos, haciendo algo parecido a aquello que han hecho los físicos con el átomo.

No puede sorprender entonces la fascinación que ejercen los once relatos de este libro. Es uno de esos libros que escasean, apasionante, que pide ser leído como un desafío (un guantazo en el rostro) *"a esos seres adragonados y multicolores de car-*



tón piedra, que se consagran, como sólo uno que otro escritor entre nosotros, al bien común, y cada uno de los cuales constituye, al igual que los ángeles (según informa el Aquinatense), un ejemplar único en su género –o en su especie, familia, suborden, ya no recuerdo bien". También como la afirmación de que la vida de cada uno de nosotros no es en realidad la que vivimos; en suma, dicho en palabras que Deniz no hubiera usado jamás, como una sonora desmentida de la uniformidad de una existencia que sólo libros como éste justifica.

Gerardo Deniz (Juan Almela) nació en 1934. En 1970 publicó *Adre de*, libro al cual siguieron *Gatuperio*, *Enroque, Picos Pardos, Grosso Mo do, Mundonuevos, Amor* y *Oxident*

GUILLERMO PIR

POESIA

Señas de lo real

MAGNIFICAT, por Jorge Ricardo Aulicino, y **NEGRITOS**, por Arturo Carrera. Mickey Mickeranno, 1993, 12 y 16 páginas, respectivamente.

La editorial Mickey Mickeranno viene publicando bellísimas *plaquettes* de poesía argentina (a la vez, su par, Jimmy Jimmeranno, edita poesía traducida). La *plaquette* no es, todavía, un libro, pero contiene una breve colección de textos que, a menudo, lo adelanta. Su delicadeza la vuelve un objeto precioso y transforma al lector en coleccionista: ese paciente conocedor que busca, incansablemente, lo único. La cuidada edición de una *plaquette* nos recuerda que el poema puede ser un objeto raro e imprevisto que ingresa en el mundo. En esa serie, con hermosos diseños de tapa a cargo de Eduardo Ainbinder, se editaron dos textos de enorme interés, pues pertenecen a poetas de quienes siempre se aguarda novedad, rigor y belleza: *Magnificat*, de Jorge Ricardo Aulicino, y *Negritos*, de Arturo Carrera.

Magnificat consta de siete poemas que, como todos aquellos textos que ponen en juego el vínculo entre sentido y percepción con eficacia, poseen un alto poder evocativo. En ellos, una anécdota en apariencia trivial se vuelve, en la precisa secuencia lírica, una revelación. Al indagar, no sin inquietud, la aventura secreta de la atención, los poemas de Aulicino evocan dos facultades: ver y oír, pero atravesadas por el lenguaje. Exploran el



efecto de un estímulo exterior en palabra y, en consecuencia, la posible representación poética de un instante vivido. El poema se vuelve un sucedáneo de esas celdas cotidianas que habita el sujeto –su cuarto, su automóvil–, tan parecidas a la jaulita de hamster aludida en uno de los textos. Y desde ese espacio precario y mínimo se advierte, de pronto, el truen de lo que pasa, por mínimo que fuera. Como un relámpago del azar, poema *ve* el tiempo, que ilumina lo signos. Los textos de Aulicino adoptan el tono de un relato reflexivo y sereno asombro. El relato de una epifanía temporal, que suele identificarse con el canto fugaz de unos son dos y que se cuenta con la segurida de transmitir una verdad.

Negritos consta de diez poema Allí lo real se transfigura y el text de un modo elusivo, se vuelve la metáfora de un término oculto. O secreto. La imagen de los negritos alien esa escritura de la incertidumbre. L negritos, afirma un epígrafe de Be nardino de Sahagún, son unos car colitos negros que dejan el camin vidriado, como una escritura invis ble, con sus babitas. En el último l bro de Carrera (*Nacen los otro* 1993), donde podría discernirse u poética que justifica estos texto también se alude a negritos. Carre se refiere allí a las letanías de las pr guntas leves adentrándose en el s creto como "luciérnagas en unas c belleras de niños negros, que se co funden en la oscuridad, más encegu cedores, más despiertos". En su po sía, los niños suelen representar e promesa del deseo que abre una p sibilidad infinita de comprensión sorpresa. Niños-signos, los negrito son como la tipografía o la nota m sical: esas marquitas que se abren e

Best Sellers///

#	Ficción	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Como agua para chocolate*, por Laura Esquivel (Mondaderi, 15,90 pesos).	3	16
2	*Cuentos de los años felices*, por Osvaldo Soriano (Sudamericana, 15 pesos).	1	13
3	*Persecución*, por Sidney Sheldon (Emecé, 10 pesos).	4	9
4	*Lituma en los Andes*, por Mario Vargas Llosa (Planeta, 17 pesos).	2	8
5	*La edad de la inocencia*, por Edith Wharton (Tusquets, 16 pesos).	5	2
6	*Leviatán*, por Paul Auster (Anagrama, 19 pesos). Una novela sobre casualidades y calamidades que permiten al autor reflexionar sobre la escritura y sobre las oscuridades de esta época.	-	1
7	*Sin remordimientos*, por Tom Clancy (Plaza & Janés, 29,50 pesos).	6	5
8	*La casa del terror*, por Dean Kontz (Emecé, 17 pesos). Dos hermanos temerosos de su madre dominada por la bebida y perseguida por un oscuro pasado deciden escapar de su casa para unirse a una feria de diversiones sin sospechar que detrás de las atracciones se esconden los secretos más terribles.	-	1
9	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos).	8	50
10	*Un campeón desparejo*, por Adolfo Bioy Casares (Tusquets, 12 pesos).	9	5

#	Historia, ensayo	Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Narcogate*, por Román Lejtman (Sudamericana, 19 pesos).	1	8
2	*Elogio de la culpa*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17 pesos).	3	8
3	*Hacer la Corte*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 22 pesos).	2	13
4	*Curas sanadores*, por Víctor Sueyro (Planeta, 15 pesos).	4	13
5	*La utopía desarmada*, por Jorge Castañeda (Ariel, 28 pesos).	-	2
6	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Urano, 11,80 pesos). Tras sobrevivir a violaciones varias y un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	5	132
7	*El jefe*, por Gabriela Cerruti (Planeta, 19 pesos). Vida pública y privada del Presidente: sus ambiciones, su osadía, la relación con los Yoma, la logia P2 y los montoneros. Libro imprescindible para entender qué sucede y qué sucederá en la política nacional.	10	31
8	*El miedo a los hijos*, por Jaime Barylko (Emecé, 12 pesos).	8	42
9	*El desafío de la competitividad*, por Bernardo Kosacoff (CEPAL/Alianza, 18 pesos). Compilación que reúne trabajos de destacados economistas que participaron de un congreso de la CEPAL, realizado en Buenos Aires, destinado a evaluar los cambios en la estructura industrial y el comercio exterior a partir del Plan de Convertibilidad.	7	3
10	*Los más inteligentes chistes de gallegos*, por Pepe Muleiro (Planeta, 10 pesos).	9	5

Librerías consultadas: Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Gandhi, El Ateneo (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, La Médica, Laborde (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán). **Nota:** Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en quioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas. Esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión. En todos los casos, los datos proporcionados por las librerías son cotejados con las cifras disponibles en las editoriales que se mencionan en la tabla.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Joseph Brodsky: **La marca de agua** (Norma). El poeta rusonorteamericano, ganador del Premio Nobel en 1987, vuelve con un esperado ensayo que John Updike definió como "la forma de un cristal cuyas facetas reflejan la vida entera". Inclasificable e imperdible.

Francis Scott Fitzgerald: **Algunas historias de la era del jazz** (A-Z Editora). Uno de los primeros títulos de la colección del Reencuentro –que puede definirse por ser económica y ofrecer traducciones nuevas, buenas y locales–, reúne cuatro grandes relatos de una voz inconfundible como la de Francis Scott Fitzgerald a la hora de evocar los ajetreados años locos. Más que destacable es el trabajo de la traductora y prologuista, Susana Cella.

LANZALLAMAS — Memorias de hierro

La aparición de las memorias de Margaret Thatcher, que la editorial Sudamericana iba a publicar en junio, se adelantó a marzo para aprovechar el viaje de la llamada Dama de Hierro a las inmediaciones, Brasil y Chile, ya que a la Argentina rechazó cualquier posibilidad de visita. "Las once semanas que duró el conflicto por las Falklands son el recuerdo más vivo que tengo de mis once años y medio en el poder", escribe al comenzar los dos capítulos dedicados a la guerra de Malvinas, y evidentemente aún lo es. Los empresarios chilenos que la invitaron a dar unas conferencias y que la consideran poco menos que el oráculo político de estos tiempos no le causan tanta impresión.

Los años de Downing Street es en realidad la segunda parte de la autobiografía de la ex primera ministra británica, pero tanto los editores originales, Harper Collins, como los locales decidieron invertir el orden de los dos volúmenes, sabiendo que poca gente puede interesarse en la infancia y la juventud de Margaret Hilda Roberts, luego –aunque muy tarde, como muestra del poco aprecio que la reina le dedica– lady Thatcher. Es más probable que las casi 750 páginas dedicadas al período mayo de 1979-noviembre de 1990 encuentren masivos lectores: esos años vieron llegar y consolidarse el neoconservadurismo, más por acción de Thatcher que del presidente norteamericano Ronald Reagan, elegido un año más tarde que ella; esos años vieron declinar el comunismo y caer el Muro de Berlín.

Gloria Rodrigué, de Sudamericana, teme que el libro "no sea para todo el mundo" y por eso se editarán cautelosos cinco mil ejemplares: el precio de cada volumen es de treinta pesos y "tal vez interese más a los políticos, los sociólogos, los historiadores, los empresarios", estima Rodrigué. "Pero puede ser que por su carácter polémico encuentre otros lectores también", agrega, y no sería improbable.

Como señaló, amigos son los amigos, Henry A. Kissinger en su crítica a *Los años de Downing Street* publicada en *The New York Times* bajo el título *The Right to Be Right* (juego de palabras que implica tanto *El derecho a tener razón* como *El derecho a ser de derecha*), el texto es más que polémico: es exactamente igual a la señora. "Las memorias de Margaret Thatcher son esenciales para comprender su tiempo porque contienen todas las virtudes de su carácter e, inevitablemente, también algunos de sus defectos. Son lúcidas, llenas de opiniones, seguras de sí", señala Kissinger. Y habría que agregar: morbosas. Ningún editor le hubiera pagado por ellas tres millones y medio de libras (algo más de cinco millones de dólares) si no tuviera perlitas como calificar al actual primer ministro británico John Major de "peso liviano en lo intelectual" y "políticamente inocente" o jactarse de que en 1982, durante la guerra de Malvinas, amenazó con renunciar si se intentaba llegar a un acuerdo de paz con la Argentina.

Carnets///

FICCION

Elemental y fascinante

ALEBRIJES, por Gerardo Deniz. Ediciones del Equilibrista, 1993, 96 páginas.

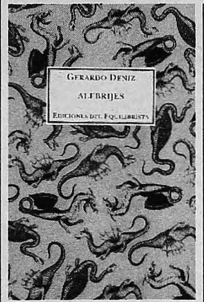
Cualquiera que mire hacia atrás su propia vida difícilmente no concluya diciendo: fue una novela. Pero si esa vida fue lo suficientemente minúscula y miserable, tal vez diga: fue un relato. Deniz, que es, sobre todo, un poeta y tal vez el mejor poeta vivo del mundo, escribió un libro de relatos en los momentos en que logró, si es que lo logró, liberarse de la poesía, si es que la poesía, en su caso, prefirió otra victoria que esa sumisión incondicional a que se ve sometida bajo la pluma cuando Deniz escribe poesía.

Estos hombres que Deniz retrata, perteneciendo al universo indiferenciado de los vivos, no tienen nada en común sino el característico destino de nacer y morir. Lo cierto es que no existe recorrido biográfico que no esconda una grieta, un sobresalto, una insuficiencia secreta o una malformación que no lo cargue de significados misteriosos, siempre inesperados. Lo difícil es reconocerlos y, naturalmente, describirlos: difícil es organizarlos en una coherencia narrativa que descubra la naturaleza y al mismo tiempo, al final, el secreto. Eso es la literatura, y aquí Deniz muestra su talento.

Su escritura es lo más elemental que se pueda imaginar: grandes y chicos, idiotas e inteligentes son llamados a disfrutarla. Pero su sencillez, su extremada sensibilidad es el fruto de una desintegración del lenguaje común, tan impreciso y aproximado que acepta una intervención como la suya, que no aspira a otra cosa que no sea la superación, el más allá.

Otros escritores realizaron esa tarea (apuntando al mismo objetivo) sometiendo (al lenguaje común) a un tratamiento entre paródico y grotesco. Deniz prefirió refinarlo (descomponerlo), liberando energías ocultas: tanto para comprendernos, haciendo algo parecido a aquello que han hecho los físicos con el átomo.

No puede sorprender entonces la fascinación que ejercen los once relatos de este libro. Es uno de esos libros que escasean, apasionante, que pide ser leído como un desafío (un guantazo en el rostro) *"a esos seres adragonados y multicolores de cartón piedra, que se consagran, como sólo uno que otro escritor entre nosotros, al bien común, y cada uno de los cuales constituye, al igual que los ángeles (según informa el Aquinatense), un ejemplar único en su género –o en su especie, familia, suborden: ya no recuerdo bien"*. También como la afirmación de que la vida de cada uno de nosotros no es en realidad la que vivimos; en suma, dicho en palabras que Deniz no hubiera usado jamás, como una sonora desmentida de la uniformidad de una existencia que sólo libros como éste justifica.



Gerardo Deniz (Juan Almela) nació en 1934. En 1970 publicó *Adrede*, libro al cual siguieron *Gatuperio, Enroque, Picos Pardos, Grosso Modo, Mundonuevos, Amor* y *Oxidente*.

GUILLERMO PIRO

POESIA

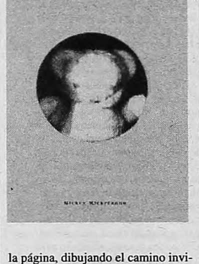
Señas de lo real

MAGNIFICAT, por Jorge Ricardo Aulicino, y **NEGRITOS**, por Arturo Carrera. Mickey Mickeranno, 1993, 12 y 16 páginas, respectivamente.

La editorial Mickey Mickeranno viene publicando bellísimas *plaquettes* de poesía argentina (a la vez, su par, Jimmy Jimmeranno, edita poesía traducida). La *plaquette* no es, todavía, un libro, pero contiene una breve colección de textos que, a menudo, lo adelanta. Su delicadeza la vuelve un objeto precioso y transforma al lector en coleccionista: ese paciente conocedor que busca, incansablemente, lo único. La cuidada edición de una *plaquette* nos recuerda que el poema puede ser un objeto raro e imprevisto que ingresa en el mundo. En esa serie, con hermosos diseños de tapa a cargo de Eduardo Ainbinder, se editaron dos textos de enorme interés, pues pertenecen a poetas de quienes siempre se aguarda novedad, rigor y belleza: *Magnificat*, de Jorge Ricardo Aulicino, y *Negritos*, de Arturo Carrera.

Magnificat consta de siete poemas que, como todos aquellos textos que ponen en juego el vínculo entre sentido y percepción con eficacia, poseen un alto poder evocativo. En ellos, una anécdota en apariencia trivial se vuelve, en la precisa secuencia lírica, una revelación. Al indagar, no sin inquietud, la aventura secreta de la atención, los poemas de Aulicino evocan dos facultades: ver y oír, pero atravesadas por el lenguaje. Exploran el efecto de un estímulo exterior en la palabra y, en consecuencia, la posible representación poética de un instante vivido. El poema se vuelve un sucedáneo de esas celdas cotidianas que habita el sujeto –su cuarto, su automóvil–, tan parecidas a la jaulita del hamster aludida en uno de los textos. Y desde ese espacio precario y mínimo se advierte, de pronto, el trueno de lo que pasa, por mínimo que fuera. Como un relámpago del azar, el poema *ve* el tiempo, que ilumina los signos. Los textos de Aulicino adoptan el tono de un relato reflexivo y de sereno asombro. El relato de una epifanía temporal, que suele identificarse con el canto fugaz de unos sonidos y que se cuenta con la seguridad de transmitir una verdad.

Negritos consta de diez poemas. Allí lo real se transfigura y el texto, de un modo elusivo, se vuelve la metáfora de un término oculto. O secreto. La imagen de los negritos alienta esa escritura de la incertidumbre. Los negritos, afirma un epígrafe de Bernardino de Sahagún, son unos caracolitos negros que dejan el camino vidriado, como una escritura invisible, con sus babitas. En el último libro de Carrera (*Nacen los otros*, 1993), donde podría discernirse una poética que justifica estos textos, también se alude a negritos. Carrera se refiere allí a las letanías de las preguntas leves adentrándose en el secreto como "luciérnagas en unas cabelleras de niños negros, que se confunden en la oscuridad, más enceguecedores, más despiertos". En su poesía, los niños suelen representar esa promesa del deseo que abre una posibilidad infinita de comprensión y sorpresa. Niños-signos, los negritos son como la tipografía o la nota musical: esas marquitas que se abren en



la página, dibujando el camino invisible hacia lo otro del mundo. Incantatorios, estos textos de extraordinaria nitidez y fluencia trabajan con efectos de superficie. El lector no hallará otra alusión que no sea la de la palabra misma. Se extraviará en inesperados diminutivos, en esa letra pequeña que aviva inciertos significados, en una sintaxis espaciada en blancos súbitosque aíslan un vocablo puro. Y descubrirá que algo, desconocido hasta entonces y a la vez familiar, *sucede*. Una dimensión nueva de lo real aparece en esa alquimia, que parece fruto del azar. Pero la emocionada experiencia de esa aparición ocurre durante la lectura del poema y es, virtualmente, incomunicable. Música de la pasión en el orden verbal de una magia.

Ecos de Girri o Gianuzzi, de Juanele o de Padeletti en los poemas de uno y otro, pero también resonancias de sus propios textos anteriores, revelan que Aulicino y Carrera crean su tradición. Lo cual no sólo señala la poesía de calidad sino, además, la perdurable, porque en las formas de su invención incluye la de su propia época. En uno y otro texto, por vía de la azorada percepción o de la deriva imaginaria, lo real, enigmático y múltiple, hace señas.

JORGE MONTELEONE

ENSAYO

Sin IVA, sin dramas

EL EXPOLIO DEL ARTE EN LA ARGENTINA. ROBO Y TRAFICO ILEGAL DE OBRAS DE ARTE, por Daniel Schavelzon. Sudamericana, 1993, 192 páginas.

La Argentina está apenas comenzando, en los últimos años, a tratar de figurarse qué le pasó y qué le pasa. En los cines, videoclubes, quioscos y librerías hubo y hay una cantidad de indicios en este sentido. Uno de los últimos es este libro del primero –o uno de los primeros– arqueólogos urbanos de Buenos Aires: hasta Schavelzon la arqueología nacional era como un deporte con canchas en Humahuaca o la meseta patagónica. Ahora se practica también en Palermo o el centro, junto a Telecom, Telefónica y Aguas Argentinas.

Pero aquí Daniel Schavelzon no se ocupa de averiguar qué baño capilar o poción somnífera (no existían la TV ni la revista *Caras*) usaban los tatarabuelos de quienes ya habitaban, hace (apenas) dos o trescientos años, sobre estos fangosos sedimentos Terciarios y Cuaternarios. Esta es una sólida (aunque primera) investigación sobre un tema que dos o tres generaciones atrás habría dejado sin sueño o sin cabello a muchas y muchos damas y varones ilustres de la patria. Hoy, por lo que parece, a nadie se le mueve un cabello ni altérasele un bostezo mientras la Argentina devuelve al mundo las obras de arte que compró del mundo –una devolución tan involuntaria que casi parece voluntaria. Desde tallas altoperuanas hasta Matisse, la Argentina exporta sin IVA y sin dramas. Y ya que está, por crueldad y falta de respeto básicamente hacia sí misma, la Argentina agrega lo poco (seamos francos) que supo hacer de bueno: desde urnas Santa María hasta Figaris hechos acá o en Uruguay, por Figari o por cualquiera.

Que a nadie le importa nada lo demuestra que la editorial Sudamericana, de este librito que debería ser best-seller, imprimió cautamente apenas tres mil ejemplares, como reza en la última página. Ojalá se agote y se reimprima otras diez veces.

Como demuestra Daniel Schavelzon, obras de arte se roban en todas partes del mundo, pero la Argentina ha logrado aditarle su propio sabor local: una suave y sonriente impunidad, hecha de múltiples complicidades entre quienes hace falta, cuando hace falta.

Mendelejeff era un genial científico ruso del siglo pasado, pero probablemente no hubiera comprendido qué tenía que ver su Tabla Periódica de los Elementos con los comentarios de libros. Ni que alguien en un libro sobre todo de arte pudiera hallar trazas de Telurio, si es que este elemento no metálico tiene algo que ver con el amor a esta tierra.

Si a usted le preocupa todo ese plástico fosforescente que está comprando el país a cambio, entre otras joyas de la abuela, de cerámicas precolombinas, retablos cuzqueños, pintura francesa o argentina, agote al menos un ejemplar de este libro ejemplar sobre conductas no-ejemplares.

DIEGO BIGONGIARI

FICCION

Sin pena ni gloria

SIN REMORDIMIENTOS, por Tom Clancy. Plaza y Janés, 1993, 782 páginas

Tom Clancy es un atildado señor que pasó de ser un oscuro vendedor de seguros a un autor de best sellers con una cuenta bancaria varias veces millonaria. Sus novelas se venden por cientos de miles en todas partes y suelen ser llevadas al cine con igual éxito, tales los casos de *La caza al Octubre Rojo* y *Juegos de patriotas*. Su última obra llegada a estas tierras, *Sin remordimientos*, seguramente seguirá el triunfal camino a Hollywood. Tiene todo lo que pueden desear los productores de cine (ritmo, sexo, violencia) y es mucho más que políticamente correcta.

Al observar simplemente *Sin remordimientos* surgen dos preguntas. Una: ¿cómo hace Clancy para escribir una novela de casi ochocientas páginas? Muchos suponen que tanto Clancy como tantos otros autores de best sellers escriben sus libros junto a un equipo de colaboradores pero probablemente sean simples infundios. La otra pregunta es más interesante: ¿cómo hace Clancy para que sus lectores no se aburran con tanta letra impresa? En la respuesta está la clave del éxito de los libros de Clancy: historias conmovedoras que apuntan al corazón y a la moral de los lectores, argumentos bien llevados y bien resueltos, mucha acción, dosis necesarias de sexo y una cuota bastante grande de violencia.

En *Sin remordimientos* hay dos historias: por un lado, la historia de un grupo especial de tareas de militares norteamericanos que tienen como misión rescatar a sus pares de las temibles garras de los norvietnamitas. La otra historia paralela se acerca más a las reglas del thriller: un hombre que lucha contra los narcotraficantes que mataron a su novia. En ambas historias el protagonista es el mismo con distinto nombre: un tipo violento, con un alto concepto de la moral y del sentido patriótico que se especializa en matar lacras humanas: amarillos (en un pasado cercano) y narcos (en la actualidad).

Sin remordimientos vuelve a poner de manifiesto los problemas con los que se enfrentan los autores de novelas de espionaje o simplemente bélicas desde el fin de la Guerra Fría. Estos autores se ven en figurillas para respetar las reglas de un género que se resiste a morir. Para eso han buscado nuevos enemigos: el narcotráfico (como en este caso), el mundo árabe y, tarde o temprano, les tocará a los empresarios japoneses.

Pero en este período de transición aún no pueden desprenderse de los viejos vicios y el truco es (como en las últimas obras de Frederick Forsyt y John LeCarré) añorar los buenos viejos tiempos. De esta manera, en *Sin remordimientos*, los vietnamitas siguen siendo mala gente y los norteamericanos los salvadores del mundo occidental.

Clancy es un especialista en descripciones de máquinas de guerra: puede pasar páginas contando cómo dispara un fusil o cómo manejar correctamente un cazabombarderos. Estas descripciones le interesan mucho más que ahondar en la psicología de los personajes. Los lectores de *Sin remordimientos* terminan sabiendo muchísimas sutilezas del mundo bélico pero los personajes están trazados con el lápiz grueso de los lugares comunes.

Los amantes del género encontrarán en esta novela lo mejor que puede ofrecer hoy la novela bélica. Pero aquellos incautos que no coincidan con la ideología de Rambo y el modus operandi de*El vengador anónimo* será mejor que pasen de largo.

SERGIO S. OLGUIN

ENSAYO

Las aulas por Perón

PERONISMO: CULTURA POLITICA Y EDUCACION (1945-1955), por Bernetti, Jorge Luis y Puiggrós, Adriana. Galerna, 1993, 362 páginas.

Adelina, el peronismo es un sentimiento, no un escalón para subir al poder." El certero comentario sobre el ingreso de Adelina Dalesio de Viola al Partido Justicialista, pintado por los muchachos de la JP de San Cristóbal en una estación de la línea E del privatizado subte porteño, remite a una pregunta frecuentemente utilizada para indagar en las raíces del peronismo: "Qué hace a un objeto idéntico a él mismo aun cuando todas sus propiedades han cambiado". Este es el dilema, planteado por el yugoslavo Slavoj Zizek, subyace en el fondo del trabajo de Jorte Bernetti y Adriana Puiggrós, *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, que acaba de presentar la editorial Galerna.

No es casual que este libro haya sido escrito por estos dos intelectuales. Bernetti es un periodista de una vasta experiencia, que además dirige la carrera de Periodismo en la Universidad de La Plata y tiene su cátedra en la de Buenos Aires. Puiggrós es una pedagoga dedicada desde hace muchos años a la investigación en Historia de la Educación.

No es lo único que comparten, pero a los efectos del trabajo que concibieron juntos éste es un buen punto de articulación. Además, se trata de dos peronistas que hace algunos años abandonaron públicamente el Partido Justicialista, el mismo que acaba de acoger amablemente a la enamoradiza Adelina.

Para indagar en la historia más lejana y compleja del peronismo, eligieron una estructura original que definen en la primera página del primer capítulo, como para dejar en claro qe no se proponen hacer una novela de misterio: "Guerra, política, pedagogía. Tríptico de relaciones que en la concepción doctrinaria y en la praxis de toda su vida pública se encuentran estrechamente relacionadas en Juan Domingo Perón".

Dicen los autores, y más que nada la abundante documentación que citan, que para Perón la guerra fue desde el comienzo un eje organizador de su concepción política. El conflicto con el exterior obliga a una sublimación de las contradicciones interiores, a una tregua que garantice el equilibrio suficiente como para enfrentar al "enemigo de la Patria". Entonces, lo que hay que lograr en el país es un pacto entre los distintos actores sociales, un acuerdo que garantice la plena dedicación del conjunto al crecimiento colectivo.

De allí en más, Bernetti y Puiggrós describen y analizan la relación entre ese discurso militar y el discurso político-pedagógico de Perón y del peronismo. Un peronismo cuyo discurso logró hegemonizar la sociedad argentina durante medio siglo y que, volviendo a Zizek o a los muchachos de San Cristóbal, parece destinado a seguir en la huella, al menos hasta fines de siglo.

El trabajo de Bernetti-Puiggrós no olvida ningún detalle histórico del período (1945-1955), incluidos los temas pedagógicos planteados en la reforma constitucional de 1949, la relación del Estado con la escuela, el rol de los docentes y la relación con la Iglesia.

Además de lo que representa como obra específica, el libro constituye el quinto tomo de los ocho que tendrá en el futuro la serie completa de la Historia de la Educación en la Argentina. Esta colección es dirigida por Adriana Puiggrós, publicada por Galerna y apoyada en la investigación que realiza el grupo APPEAL (Alternativas Político-pedagógicas y ProspectivaEducativa en América Latina), en el marco de la cátedra que la autora encabeza en Filosofía y Letras de la UBA y del CONICET.

RUBEN LEVENBERG

ENSAYO

Sin IVA, sin dramas

EL EXPOLIO DEL ARTE EN LA ARGENTINA. ROBO Y TRAFICO ILEGAL DE OBRAS DE ARTE, por Daniel Schavelzon. Sudamericana, 1993, 192 páginas.

La Argentina está apenas comenzando, en los últimos años, a tratar de figurarse qué le pasó y qué le pasa. En los cines, videoclubes, quioscos y librerías hubo y hay una cantidad de indicios en este sentido. Uno de los últimos es este libro del primero –o uno de los primeros– arqueólogos urbanos de Buenos Aires: hasta Schavelzon la arqueología nacional era como un deporte con canchas en Humahuaca o la meseta patagónica. Ahora se practica también en Palermo o el centro, junto a Telecom, Telefónica y Aguas Argentinas.

Pero aquí Daniel Schavelzon no se ocupa de averiguar qué baño capilar o poción somnífera (no existían la TV ni la revista *Caras*) usaban los tatarabuelos de quienes ya habitaban, hace (apenas) dos o trescientos años, sobre estos fangosos sedimentos Terciarios y Cuaternarios. Esta es una sólida (aunque primera) investigación sobre un tema que dos o tres generaciones atrás habría dejado sin sueño o sin cabello a muchas y muchos damas y varones ilustres de la patria. Hoy, por lo que parece, a nadie se le mueve un cabello ni altérasele un bostezo mientras la Argentina devuelve al mundo las obras de arte que compró del mundo –una devolución tan involuntaria que casi parece voluntaria. Desde tallas altoperuanas hasta Matisse, la Argentina exporta sin IVA y sin dramas. Y ya que está, por crueldad y falta de respeto básicamente hacia sí misma, la Argentina agrega lo poco (seamos francos) que supo hacer de bueno: desde urnas Santa María hasta Figaris hechos acá o en Uruguay, por Figari o por cualquiera.

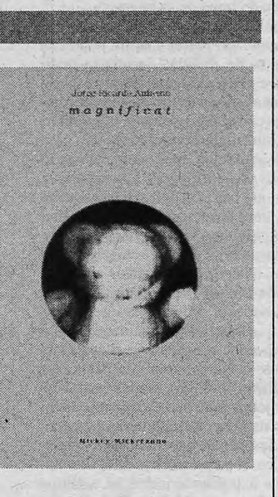
Que a nadie le importa nada lo demuestra que la editorial Sudamericana, de este librito que debería ser best-seller, imprimió cautamente apenas tres mil ejemplares, como reza en la última página. Ojalá se agote y se reimprima otras diez veces.

Como demuestra Daniel Schavelzon, obras de arte se roban en todas partes del mundo, pero la Argentina ha logrado aditarle su propio sabor local: una suave y sonriente impunidad, hecha de múltiples complicidades entre quienes hace falta, cuando hace falta.

Mendelejeff era un genial científico ruso del siglo pasado, pero probablemente no hubiera comprendido qué tenía que ver su Tabla Periódica de los Elementos con los comentarios de libros. Ni que alguien en un libro sobre todo de arte pudiera hallar trazas de Telurio, si es que este elemento no metálico tiene algo que ver con el amor a esta tierra.

Si a usted le preocupa todo ese plástico fosforescente que está comprando el país a cambio, entre otras joyas de la abuela, de cerámicas precolombinas, retablos cuzqueños, pintura francesa o argentina, agote al menos un ejemplar de este libro ejemplar sobre conductas no-ejemplares.

DIEGO BIGONGIARI



la página, dibujando el camino invisible hacia lo otro del mundo. Incantatorios, estos textos de extraordinaria nitidez y fluencia trabajan con efectos de superficie. El lector no hallará otra alusión que no sea la de la palabra misma. Se extraviará en inesperados diminutivos, en esa letra pequeña que aviva inciertos significados, en una sintaxis espaciada en blancos súbitosque aíslan un vocablo puro. Y descubrirá que algo, desconocido hasta entonces y a la vez familiar, *sucede*. Una dimensión nueva de lo real aparece en esa alquimia, que parece fruto del azar. Pero la emocionada experiencia de esa aparición ocurre durante la lectura del poema y es, virtualmente, incomunicable. Música de la pasión en el orden verbal de una magia.

Ecos de Girri o Gianuzzi, de Juanele o de Padeletti en los poemas de uno y otro, pero también resonancias de sus propios textos anteriores, revelan que Aulicino y Carrera crean su tradición. Lo cual no sólo señala la poesía de calidad sino, además, la perdurable, porque en las formas de su invención incluye la de su propia época. En uno y otro texto, por vía de la azorada percepción o de la deriva imaginaria, lo real, enigmático y múltiple, hace señas.

JORGE MONTELEONE

ENSAYO

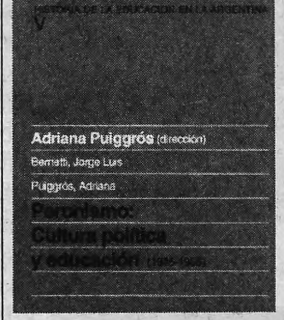
Las aulas por Perón

PERONISMO: CULTURA POLITICA Y EDUCACION (1945-1955), por Bernetti, Jorge Luis y Puiggrós, Adriana. Galerna, 1993, 362 páginas.

"Adelina, el peronismo es un sentimiento, no un escalón para subir al poder." El certero comentario sobre el ingreso de Adelina Dalesio de Viola al Partido Justicialista, pintado por los muchachos de la JP de San Cristóbal en una estación de la línea E del privatizado subte porteño, remite a una pregunta frecuentemente utilizada para indagar en las raíces del peronismo: "Qué hace a un objeto idéntico a él mismo aun cuando todas sus propiedades han cambiado". Este es el dilema, planteado por el yugoslavo Slavoj Zizek, subyace en el fondo del trabajo de Jorte Bernetti y Adriana Puiggrós, *Peronismo: cultura política y educación (1945-1955)*, que acaba de presentar la editorial Galerna.

No es casual que este libro haya sido escrito por estos dos intelectuales. Bernetti es un periodista de una vasta experiencia, que además dirige la carrera de Periodismo en la Universidad de La Plata y tiene su cátedra en la de Buenos Aires. Puiggrós es una pedagoga dedicada desde hace muchos años a la investigación en Historia de la Educación.

No es lo único que comparten, pero a los efectos del trabajo que concibieron juntos éste es un buen punto de articulación. Además, se trata de dos peronistas que hace algunos años abandonaron públicamente el Partido Justicialista, el mismo que acaba de acoger amablemente a la enamoradiza Adelina.



Para indagar en la historia más lejana y compleja del peronismo, eligieron una estructura original que definen en la primera página del primer capítulo, como para dejar en claro qe no se proponen hacer una novela de misterio: "Guerra, política, pedagogía. Tríptico de relaciones que en la concepción doctrinaria y en la praxis de toda su vida pública se encuentran estrechamente relacionadas en Juan Domingo Perón".

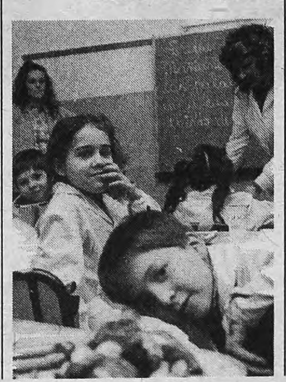
Dicen los autores, y más que nada la abundante documentación que citan, que para Perón la guerra fue desde el comienzo un eje organizador de su concepción política. El conflicto con el exterior obliga a una sublimación de las contradicciones interiores, a una tregua que garantice el equilibrio suficiente como para enfrentar al "enemigo de la Patria". Entonces, lo que hay que lograr en el país es un pacto entre los distintos actores sociales, un acuerdo que garantice la plena dedicación del conjunto al crecimiento colectivo.

De allí en más, Bernetti y Puiggrós describen y analizan la relación entre ese discurso militar y el discurso político-pedagógico de Perón y del peronismo. Un peronismo cuyo discurso logró hegemonizar la sociedad argentina durante medio siglo y que, volviendo a Zizek o a los muchachos de San Cristóbal, parece destinado a seguir en la huella, al menos hasta fines de siglo.

El trabajo de Bernetti-Puiggrós no olvida ningún detalle histórico del período (1945-1955), incluidos los temas pedagógicos planteados en la reforma constitucional de 1949, la relación del Estado con la escuela, el rol de los docentes y la relación con la Iglesia.

Además de lo que representa como obra específica, el libro constituye el quinto tomo de los ocho que tendrá en el futuro la serie completa de la Historia de la Educación en la Argentina. Esta colección es dirigida por Adriana Puiggrós, publicada por Galerna y apoyada en la investigación que realiza el grupo APPEAL (Alternativas Político-pedagógicas y ProspectivaEducativa en América Latina), en el marco de la cátedra que la autora encabeza en Filosofía y Letras de la UBA y del CONICET.

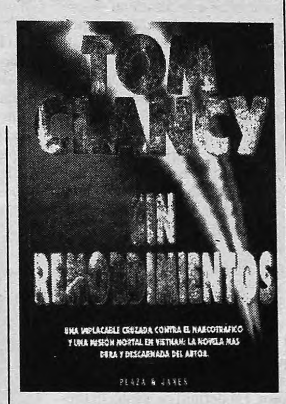
RUBEN LEVENBERG



FICCION

Sin pena ni gloria

SIN REMORDIMIENTOS, por Tom Clancy. Plaza y Janés, 1993, 782 páginas



Tom Clancy es un atildado señor que pasó de ser un oscuro vendedor de seguros a un autor de best sellers con una cuenta bancaria varias veces millonaria. Sus novelas se venden por cientos de miles en todas partes y suelen ser llevadas al cine con igual éxito, tales los casos de *La caza al Octubre Rojo* y *Juegos de patriotas*. Su última obra llegada a estas tierras, *Sin remordimientos*, seguramente seguirá el triunfal camino a Hollywood. Tiene todo lo que pueden desear los productores de cine (ritmo, sexo, violencia) y es mucho más que políticamente correcta.

Al observar simplemente *Sin remordimientos* surgen dos preguntas. Una: ¿cómo hace Clancy para escribir una novela de casi ochocientas páginas? Muchos suponen que tanto Clancy como tantos otros autores de best sellers escriben sus libros junto a un equipo de colaboradores pero probablemente sean simples infundios. La otra pregunta es más interesante: ¿cómo hace Clancy para que sus lectores no se aburran con tanta letra impresa? En la respuesta está la clave del éxito de los libros de Clancy: historias conmovedoras que apuntan al corazón y a la moral de los lectores, argumentos bien llevados y bien resueltos, mucha acción, dosis necesarias de sexo y una cuota bastante grande de violencia.

En *Sin remordimientos* hay dos historias: por un lado, la historia de un grupo especial de tareas de militares norteamericanos que tienen como misión rescatar a sus pares de las temibles garras de los norvietnamitas. La otra historia paralela se acerca más a las reglas del thriller: un hombre que lucha contra los narcotraficantes que mataron a su novia. En ambas historias el protagonista es el mismo con distinto nombre: un tipo violento, con un alto concepto de la moral y del sentido patriótico que se especializa en matar lacras humanas: amarillos (en un pasado cercano) y narcos (en la actualidad).

Sin remordimientos vuelve a poner de manifiesto los problemas con los que se enfrentan los autores de novelas de espionaje o simplemente bélicas desde el fin de la Guerra Fría. Estos autores se ven en figurillas para respetar las reglas de un género que se resiste a morir. Para eso han buscado nuevos enemigos: el narcotráfico (como en este caso), el mundo árabe y, tarde o temprano, les tocará a los empresarios japoneses.

Pero en este período de transición aún no pueden desprenderse de los viejos vicios y el truco es (como en las últimas obras de Frederick Forsyt y John LeCarré) añorar los buenos viejos tiempos. De esta manera, en *Sin remordimientos*, los vietnamitas siguen siendo mala gente y los norteamericanos los salvadores del mundo occidental.

Clancy es un especialista en descripciones de máquinas de guerra: puede pasar páginas contando cómo dispara un fusil o cómo manejar correctamente un cazabombarderos. Estas descripciones le interesan mucho más que ahondar en la psicología de los personajes. Los lectores de *Sin remordimientos* terminan sabiendo muchísimas sutilezas del mundo bélico pero los personajes están trazados con el lápiz grueso de los lugares comunes.

Los amantes del género encontrarán en esta novela lo mejor que puede ofrecer hoy la novela bélica. Pero aquellos incautos que no coincidan con la ideología de Rambo y el modus operandi de*El vengador anónimo* será mejor que pasen de largo.

SERGIO S. OLGUIN

SE VA LA SEGUNDA

MARCOS MAYER

En el medio de la composición de su segundo volumen con las aventuras de Don Quijote, Miguel de Cervantes se encontró con una versión trucha, firmada por un tal Avellaneda que, sin estar a la altura de su plagiado había pergeñado un producto más o menos decente. De allí que el segundo tomo haya agregado a las imaginarias peleas de Don Quijote y Sancho Panza, la del autor con su delincuente privado. Es ésta la primera vez que la historia de la literatura registra un conflicto entre autores. Hasta entonces nadie veía con malos ojos las adaptaciones, versiones o simples copias de argumentos y personajes anteriores. El tema tiene que ver con el surgimiento de la figura del autor y la identificación del personaje con aquella persona que le dio vida literaria. Al disputar con Avellaneda, Cervantes no sólo mejoró el ya inmejorable primer tomo, sino que instaló, en forma divertida y brillante, una disputa por los derechos de autor. En definitiva, usaba la literatura para defender su propiedad.

El segundo caso se parece un poco más a lo que acontece hoy en día y tiene algo que ver con la leyenda: los famosos y nunca comprobados "negros" de Alejandro Dumas (padre). Se trataba, supuestamente, de una serie de escritores fantasmas, que Dumas encerraba en sótanos y buhardillas parisienses para que pusieran en papel las indicaciones de su imaginación. Los "negros" servían para potenciar el rendimiento económico de una firma famosa y, sin dudas, cualquiera de esos escritores ganaba más escondiéndose bajo el seudónimo Dumas que intentando hacer la suya.

Al comentar *Scarlett*, la larguísima continuación escrita por Alexandra Ripley a la también muy extensa *Lo que el viento se llevó*, de Margaret Mitchell, el *Time* se imagina la continuación de otros libros célebres (ver recuadro). Es que, efectivamente, el tema de las segundas partes por encargo parece estar convirtiéndose en una moda de éxito asegurado. Casi al mismo tiempo sale *La señora de Winter*, continuación de *Rebeca* de Daphne Du Maurier, escrita por Susan Hill –cuyo parecido con el Bambino Veira es insoslayable– y *Pemberley* de Emma Tennant, secuela de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen, y un ignoto francés, Maxime Benoît-Jeannin, pergeña, basándose en una supuesta leyenda familiar, un relato de la vida de la hija de *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, que se abre con dos páginas escritas en un estilo escolar irreprochable que resumen la trama de su ilustre fuente de inspiración.

En general la crítica ha recibido estos textos con reacciones que van desde el escepticismo al sarcasmo y los adjudican a la tendencia recicladora que afecta por igual al vidrio, al papel y al cine de Hollywood, y de la cual la literatura parecía a salvo. Se supone, y en general se acierta, que se trata de subproductos de escasa calidad literaria y que poco favor les hacen a los libros de los cuales descienden que incluso en algunos casos, como el de *Lo que el viento se llevó*, no eran de por sí gran cosa.

La figuración de estos libros en las listas de best sellers norteamericanas e inglesas y, en menor medida, en las nacionales, habla de una aceptación por parte del público. Pues, cabe aclararlo, no hay en ninguno de los libros segundos un leve rastro de ironía, ni una distancia, ni una reelaboración que permita suponer que Susan Hill o Alexandra Ripley o Maxime Benoît-Jeannin quieran dejar alguna huella personal en sus textos. Son simplemente clones, como los "negros" de Dumas, y no intentan en absoluto disputar la fama de sus ilustres antecesores y, por lo tanto, lo que se busca, de un lado y otro del mostrador, es simplemente el reencuentro con los héroes perdidos. Entonces, si hay una aceptación social a una actitud literaria que no es más que la extensión laboriosa y un tanto cínica del plagio es porque, en principio, la marca de autor no es un valor aceptado, y porque los personajes y las situaciones han ganado, al menos provisoria y posindustrialmente, la batalla.

En este punto convendría echar una ojeada a lo que ocurre en campos bastante alejados de esas oficinas donde se firman contratos millonarios por los cuales autores ignotos hasta entonces alcanzan su momento de fama y dinero. A ese dinero hay que sumarle el que cobran los herederos que cotizan bastante alto sus permisos para las secuelas: en el caso de *Rebeca* se habla de un millón de dólares y de cinco en el de *Lo que el viento...* Por supuesto que ni Flaubert ni Jane Austen tienen ya derechos sobre su obra. Hace rato ya que en ámbitos académicos y en el terreno de la llamada "literatura seria" se viene discutiendo tanto la muerte del autor como el llamado tema de la intertextualidad, generalmente mal entendida como el mecanismo por el cual un texto cita a otro. En realidad, la intertextualidad es la forma manifiesta o subterránea a través de la cual una obra dialoga con otra, ya sea para interpretarla, reformularla o refutarla. Un caso exasperado de intertextualidad es *El nombre de la rosa* de Umberto Eco, por otra parte un best seller inesperado, muy diferente de los juegos literarios intentados por Borges al ponerle un final al *Martín Fierro* en "El Fin" o al citar sin comillas un párrafo de Marcel Schwob en "Funes el memorioso". Mientras Borges esconde o exhibe alternativamente el plagio porque considera –y es ésta la tesis de cuentos como "La Biblioteca de Babel" o "Pierre Menard, autor del Quijote"– que ha de ocurrirle de todas maneras a cualquiera que escriba después de haber leído, Eco exhibe, casi como una cifra de la literatura de la posmodernidad, un catálogo de remisiones y citas, simbolizadas en la obra por la presencia de la biblioteca.

En esta nueva moda, la muerte del autor es un hecho aceptado al igual que sus consecuencias legales pero no las literarias, y la intertextualidad se convierte en el arte de hacer algo que parezca igual y que suene diferente, como sucede en la técnica de cualquier best seller. Y cuando se quiere ser intertextual, como es el caso de *Mademoiselle Bovary*, se cae en ingeniosidades a la francesa tales como que uno de los protagonistas es atendido por el padre de Flaubert, médico, y otro es hijo putativo de Charles Bovary, la hija de Emma se casa con Rodolfo, el amante de su madre, y Bouvard y Pecuchet aparecen en la novela con la gracia anticuada de Buono y Striano. Y cuando ya nada puede ocurrir, pues lo importante ha tenido lugar en la novela anterior, la historia se alarga al infinito, lo que convierte a cualquier obra del *nouveau roman* en una de Salgari al lado de *La señora de Winter*, donde pasan páginas y páginas en las que se describe, en una psicología de revista femenina, el lado interior de los protagonistas ubicados en un exterior de campiña inglesa contado con la minuciosidad de un botánico.

Por otra parte lo que llama la atención en estas continuaciones es la presencia preponderante de la mujer, ya

Nada se pierde, todo se recicla, y así como el cine agota sus secuelas o el vidrio y el papel renuevan sus ciclos de vida, la literatura vive la moda de las continuaciones de libros famosos. Se acaban de publicar "Scarlett", "La señora de Winter" y "Mademoiselle Bovary", continuaciones, respectivamente, de "Lo que el viento se llevó", "Rebeca" y "Madame Bovary", pues ni los clásicos como Gustave Flaubert parecen exentos de la furia por seguir libros famosos. Un pequeño recorrido por las segundas partes que dan razón al conocido refrán.



Susan Hill, continuadora de "Rebeca" en "La señora de Winter".

PROPUESTA INDECENTE

La aparición de *Scarlett* en Estados Unidos provocó, ya que no grandes críticas, sí un cierto despliegue de humor. El semanario *Time*, tras aniquilar cualquier sospecha de narrativa en la continuación de *Lo que el viento se llevó*, propuso una serie de segundas partes –con un breve resumen argumental– de otros libros famosos, como *El proceso*, *La letra escarlata* y los que aquí se reproducen:

• *Moby Dick II*: La ballena es capturada por el tataranieto del capitán Ahab, el teniente Ahab. Con la ayuda de las Naciones Unidas, Ahab saca a Moby Dick del agua. Desde una base terrestre, el intransigente mamífero niega a los inspectores de la ONU el derecho de inspeccionar su surtidor, lo que abre la perspectiva de continuar en *Moby Dick III*.

• *J. Pierpont Finn*: En las postrimerías del estallido de la Guerra Civil el hombre-niño de Mark Twain revela su verdadero nombre. Arrestado por una estafa, el barón, ladrón en ciernes, escapa de la cárcel con la ayuda de Jim, un ex esclavo que no deja de hablar, que ha invertido astutamente en la máquina de grabar de Thomas Edison y se ha convertido en el padre fundador del rap.

El fenómeno no tiene por qué quedar acotado a los grandes nombres de la literatura extranjera. Van aquí algunas modestas sugerencias para la narrativa nacional.

• *Locos quedan pocos*: Muerto Erdosain, hace falta una novela que siga el romance entre Hipólita, la Coja y el Astrólogo, de quien se ha revelado al final de *Los siete locos* que está castrado. Por lo tanto viajan a Estados Unidos y se encuentran con los médicos de John Wayne Bobbitt, quienes le colocan un pene de cobre. La solución del problema le permite convertirse en padre de una niña, a quien ponen de nombre Rosa.

• *Facundito*: Terrible historia, a medias fantástica, del hijo del célebre caudillo riojano. Sus compañeros viven riéndose de su sombra y de que es lampiño, apodándolo "lindo gatito". Abandonado por su familia, y despreciado por su gente, Facundito se convierte en conductor de tranvías en Barranca Yaco, un pequeño pueblo de Córdoba, donde muere en un accidente tratando de cobrarle el boleto a un personaje calvo que le recuerda a Sarmiento.

sea en calidad de autora o de protagonista, y en general en ambos a la vez. Es como si el posfeminismo impusiera la vuelta a las heroínas al estilo del siglo XIX, más o menos víctimas, más o menos activas, caprichosas y vengativas, como en el caso de Scarlett o de la señorita Bovary.

En todas las entrevistas los clones hacen alusión a su admiración por la obra que van a continuar, en un culto sagrado que se divide entre el copyright y la gloria. Como en todo buen negocio, no se pelean con su competidor del más allá sino que lo utilizan como garantía silenciosa. Son los Avellanedas de los Cervantes y no tienen la urgencia de aquél por adelantarse y apurarse a vivir del éxito ajeno. Tienen garantizado el tiempo y el dinero por herederos, editoriales y público. Como mediums de los derechos de autor no dejan que los espíritus de los personajes queridos, admirados y odiados no mueran jamás, que de eso se trata, porque la inmortalidad también se vive de prestado.

La justicia y otras ficciones

ROMAN LEJTMAN

NARCOGATE

M.M.

Al hablar de los libros periodísticos se suele evaluar, como elogio o como crítica, su grado de ajuste con la realidad. La realidad es a su vez su posibilidad, su mandato y su límite, el punto que señala y establece su valor o su inutilidad. También, aquello que marca su tiempo de validez antes de volverse un documento histórico. De todas maneras esta supuesta tiranía de la realidad suele matizarse. Cuando Gabriela Cerrutti discutió sobre *El Jefe* en el programa de Mariano Grondona la polémica se centró, más que en los hechos que narra el libro, en dilucidar a qué género pertenecía en realidad esta biografía del presidente Carlos Menem. Libelo, panfleto, ensayo periodístico fueron algunas de las clasificaciones ensayadas en una discusión que más bien se parecía a una mesa redonda de críticos literarios. Más allá de la intención descalificadora que implicaban algunas de las categorías utilizadas, sin duda el sesgo que tomó el programa, que se enredó en la discusión genérica por casi una hora, revela que existe un vínculo entre los hechos que se narran y la forma elegida para hacerlo. Que las formas de la política en la Argentina determinan, al menos en parte, la forma en que se la narra.



Alejandro Amdan

Amira Yoma, sonriente; arriba, la jueza María Servini de Cubría.

Y la manera con que Román Lejtman cuenta en *Narcogate* los entretelones del proceso por lavado de dinero que involucró a Amira Yoma dice mucho sobre los modos de la justicia en la Argentina. Por de pronto, una mirada rápida a la tapa y a la contratapa (tal vez porque hay cierta sabiduría en el azar), revela un recorrido interesante. En la tapa se ve al presidente Menem bailando con Amira, y al dar vuelta el libro se lo ve esta vez abrazado con la jueza Servini de Cubría. Amira luce elegante –aún antes de su cirugía estética–, animada, despliega una alegría contagiosa. La jueza aparece en un jogging informal, con una sonrisa apretada que parece ser provocada por el ajuste de los cortos brazos del Presidente sobre sus anchos hombros. Y es ésta la historia que cuenta Lejtman con una minuciosidad y una ética periodística ejemplares. Todo detalle de la causa, todo avatar de los esfuerzos del Gobierno y de la jueza por enmarañar y dilatar el proceso queda consignado y confirmado por Lejtman, que se tomó el trabajo de chequear cada uno de los hechos en las fuentes correspondientes. Para decirlo rápidamente, *Narcogate* elige, si no la retórica, al menos las exigencias de un alegato judicial para contar su historia. Y al terminar la lectura de sus 376 páginas, la sensación que se tiene es la de sorpresa ante el contraste entre la contundencia de los hechos y el resultado judicial final que Lejtman resume en una breve página, bajo el irónico título de *Epílogo* y que ocupa apenas seis líneas.

¿Qué tipo de delito es el lavado de dólares? ¿A quiénes afecta? Por de pronto hay una distancia entre el delito cometido y sus víctimas. Se diferencia de un asesinato o de un robo, donde hay una apropiación violenta de bienes o vidas, de una persona a otra. El lavado de dinero es el punto terminal y a la vez de reinicio de una larga cadena de hechos tipificados como delitos que van desde la venta individual de la droga hasta los grandes cárteles dedicados al narcotráfico. El blanqueo es el momento en que el delito vuelve a reiniciar su camino social, en definitiva el punto único de su legalización antes de volverse ilegal nuevamente. Este punto es realmente importante porque lo que relata Lejtman en su libro es la cobertura legal de este delito. Que se trata, además, de un delito cuya víctima indirecta es la sociedad toda. Y por varios motivos.

El tema presenta aspectos complejos, porque el Estado con la ilegalización de la droga en todas sus etapas de comercialización y consumo la convierte en un negocio fabuloso. Y también demuestra, ante el tramo terminal de este delito, una actitud que va desde la indiferencia hasta la intromisión directa en el ejercicio de la justicia. En definitiva es el mismo actor social quien establece el carácter universal y extendido del delito y a la vez determina quiénes serán afectados o no por haberlo ejercido, con lo cual rompe con uno de los requisitos básicos de la justicia, en tanto valor social, que es el de no hacer diferencias. Con el agravante de que, por la naturaleza del delito, no hay particulares damnificados identificables que puedan retomar la posta abandonada por el Estado.

Todo está dado para que la operación cierre tal cual sucedió, en las seis líneas del epílogo de *Narcogate*: las valijas han desaparecido con el saldo de una procesada in aeternum, un prófugo al que nadie persigue y un preso, cuyas vinculaciones y secretos nadie parece estar muy dispuesto a indagar, salvo la persistencia de Lejtman en recuperar tres años de historia argentina. Lo más notable del libro es que, rara vez, recurre para esto a datos supuestamente ocultos, a información *off the record* o a inferencias más o menos noveladas. Lejtman se apoya, sobre todo, en el legajo del Narcogate, en datos que pertenecen al dominio público y a revelaciones e investigaciones que pone a disposición del lector. Es ésta la manera en que evita cualquier tentación de ponerse en el lugar de juez y se limita, si se puede decir así, al de un abogado que actúa de oficio en nombre de un Estado que se tomó demasiado en serio la flexibilización y la desregulación, al punto de aplicarla también a la justicia.

Las diferencias entre el abogado y el juez, como estilo narrativo, hacen a una percepción del estado de justicia que marca el menemismo y que el Narcogate como delito de Estado tipifica como pocos. Porque lo que se establece con los tejes y manejes ocurridos en el ámbito público que relata Lejtman es sobre todo una falla –en el sentido geológico– en el sistema de representación. La justicia, en tanto reparación es, como en toda forma de gobierno democrático, una representación. En tanto posibilidad de reparación de daños cometidos, la justicia es una ficción, lo cual ha sido discutido desde la instalación del sistema judicial moderno por la novela policial. Desde el gesto inaugural de Poe con su detective, Auguste Dupin, que la relega en función de la verdad de los hechos que es lo único que le interesa hasta el escepticismo del Marlowe de Raymond Chandler, fundado en el hecho de que vive en "un mundo en el que los pistoleros pueden gobernar naciones y casi gobernar ciudades (..) en que ninguno puede caminar tranquilo por una calle oscura, porque la ley y el orden son cosas sobre las cuales hablamos pero que nos abstenemos de practicar". En la versión optimista del mundo de Poe y en la negativa de Chandler, el tema de la justicia resuena como un pacto ficcional en el que los actores aceptan una instancia superior que es, de una manera u otra, una representación.

Todo acto de gobierno es el resultado de una ficción primera: aquella en la que al votar por un representante se acepta un pacto provisorio por el cual el votado ejercerá la representación de la voluntad del votante. Pacto primigenio sobre el cual se establecen todos los demás y que tiene que ver con las ficciones que un gobierno puede proponer a sus representados. Algo de esto hubo al principio del gobierno de Raúl Alfonsín con el juicio a los comandantes. La sentencia era el resultado del pacto ficcional por el cual un gobierno hacía realidad la voluntad justiciera de una sociedad. Pero como sucedió casi como una cifra de su forma de gobernar, convirtió toda la política en el terreno de los derechos humanos en prenda de regateo y negociación que tuvo su momento más dramático en los episodios de Semana Santa. Lo mismo ocurrió con el Narcogate y su vaudeville de compra y venta entre diputados radicales y justicialistas. Porque ya se estaba en otro estado de cosas, inaugurado por el gesto del indulto. De un estado de ficción (entendida como proyectos que pueden ser asumidos por una mayoría) débil, como el radical, se pasó a la imposición de una voluntad personal, la de Menem, que asumió públicamente el indulto como una gracia y un perdón personales. Y el paso de lo colectivo a lo personal es el cambio del estatuto de la ficción a otro, que algunos llaman realidad, basado en los parámetros de la verdad y la mentira. El Narcogate es simplemente eso, una serie de mentiras, un docudrama, un reality show, esos engendros del mundo del espectáculo que aparecen cuando se agota la posibilidad de imaginar ficciones.

Y es a este estado de la justicia que responde *Narcogate*, un libro que habla, en su forma de escribirse, de la justicia en los 90 y demuestra, con su renuncia a la ficción como forma de escritura, que lejos se está en la Argentina de esas invenciones maravillosas de la democracia, la representación y la justicia.

ELVIO GANDOLFO Y LO POLICIAL EN SU ULTIMA NOVELA

Un género boomerang

Con "Boomerang" Elvio Gandolfo resultó primer finalista del Premio Planeta 1993. Especie de road-movie en Uruguay, la novela cruza la estafa, el sexo y las dobles identidades para armar un argumento desbordante escrito con un estilo ya reconocido en "Dos mujeres" o "La reina de las nieves". En esta nota, Gandolfo cuenta cómo apareció el género policial en el proceso de escritura de esta novela, sin que pudiera evitarlo, ni arrepentirse luego.

ELVIO E. GANDOLFO

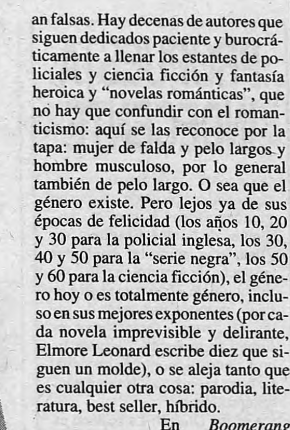
Con muy pocas excepciones, cada vez que aparece el tema del "género", referido a mis relatos, siento, para emplear una frase del viejo y querido D. H. Lawrence, colgar la carne cansada de los huesos (a él le pasaba cuando algún escritor le hablaba de su obra o de su esposa). La sensación volvió a repetirse ahora, al dar a conocer *Boomerang*. Mientras la escribía y en las sucesivas lecturas (primera y segunda corrección, corrección de pruebas, intento de lectura ya "en libro", abandonada por náusea de conocimiento excesivo) no pensé nunca estar escribiendo o leyendo una novela policial. Sin embargo ya en las lecturas previas un amigo me la destripó prolijamente de acuerdo con la lógica "real" de un relato policial, que guarda con la realidad una relación tan lejana como los más barrocos delirios de José Lezama Lima.

Es cierto: hubo una lejana época en que consumí mucho "género", tanto policial como de ciencia ficción. Siempre algo o mucho se filtra, pero de ahí a poder afirmar que mis textos son de género o incluso que emplean "elementos de género" hay un trecho que sólo prueba su pertinencia ante cada caso en concreto.

Puedo reconocer como policial un cuento como "Un error de Ludueña", porque sus personajes, su ambiente y su anécdota tienen que ver de modo muy evidente con la "serie negra", adaptada, socavada, pero presente. (En realidad todo lector no automático de género busca el momento de socavamiento, del zafe, de la ruptura de la fórmula: son los relatos que recuerda.) Puedo reconocer también "El relato de Juan Abal" o "El terrón disolvente" como relatos de ciencia ficción. Y no me incomoda demasiado cuando gran parte de lo que escribí es descripto como literatura fantástica, porque el porcentaje de literatura fantástica supera por la mitad más uno –en calidad y cantidad– a la realista, en cualquier literatura nacional del mundo.

¿Por qué la molestia cuando alguien relaciona *Boomerang* con el género policial? Porque ni los personajes, ni la anécdota, ni el tema principal creo que tengan que ver con él. En el mundo de la policial a la inglesa, la estructura del misterio "policial" se caería a pedazos, por mera inexistencia. Las hipotéticas sorpresas del libro pasan por el modo errático, inesperado, entre trágico y cómico, que tienen algunos seres humanos (o más bien algunos personajes) de comportarse. En el terreno de la "serie negra", Iván Garré sería un bocadillo fácil, un gil, alguien no preparado para lidiar en un mundo de duros, aunque en la realidad de la novela tiene sus filos de insensible y levemente jodedor.

Cuando uno siente fastidio o incomodidad ante cualquier factor fastidioso de esta época tan ambigua y desencajada, que al parecer seguirá por lo menos siete años más (pura cábala mágica), tiende a irse a los extremos. Respecto de la vida, decir que es un pozo negro y violento (véase el primer Fito Páez), o que es una bienaventurada corriente de amor y de luz (véase el actual Fito Páez). Respecto del romanticismo, afirmar que está definitivamente muerto o fingir que toda la verdad de los afectos reside en los boleros del trío Los Panchos. Y respecto de los géneros, esa obsesión tan de la academia (como la parodia, como el habla y el hablante, como los relatos "de las minorías", como la "voz –o el texto–autobiográfico") que ha terminado por filtrarse, como casi siempre, al magro periodismo cultural atrincherado en los magros suplementos literarios, se tiene la tentación de afirmar o que todo es género o que los géneros no existen.



Ambas cosas serían falsas. Hay decenas de autores que siguen dedicados paciente y burocráticamente a llenar los estantes de policiales y ciencia ficción y fantasía heroica y "novelas románticas", que no hay que confundir con el romanticismo: aquí se las reconoce por la tapa: mujer de falda y pelo largos y hombre musculoso, por lo general también de pelo largo. O sea que el género existe. Pero lejos ya de sus épocas de felicidad (los años 10, 20 y 30 para la policial inglesa, los 30, 40 y 50 para la "serie negra", los 50 y 60 para la ciencia ficción), el género hoy o es totalmente género, incluso en sus mejores exponentes (por cada novela imprevisible y delirante, Elmore Leonard escribe diez que siguen un molde), o se aleja tanto que es cualquier otra cosa: parodia, literatura, best seller, híbrido.

En *Boomerang* creo que lo que terminó resultando (porque como siempre mi idea inicial era otra) es una mezcla un poco marmolada del relato "del camino" (pero *cool*: no hay durezas, ni se hace dedo, ni hay aprendizaje por el recorrido), con romanticismo veloz, instantáneo, cuya proyección hacia otra dimensión queda apenas sugerida, porque literalmente en tres días no hay tiempo, tal como son y tal como están condicionados por la circunstancia los personajes, para otra cosa.

Por suerte esos rasgos me equilibran los momentos de sentir la carne colgar cansada de los huesos con sorpresas nada policiales. Cuando la maravillosa (al menos para mí) Paula habla a lo largo de un buen rato y Garré termina por dormirse, una docena de lectores masculinos expresó su caluroso apoyo a su renuncio, pero otro precisó: *"Ah, sí: el capítulo donde la mina le está hablando y el tarado va y se duerme"*. Está por otra parte la sorpresa que depende de la falsa seguridad del autor. En ningún momento se me plantearon dudas sobre la relativa honestidad de Paula. Pero un par de lectores masculinos "duros" (en una editorial y en un semanario) opinaron que ella *"es más hija de puta que Garré"*, o que el secreto de Paula al que apenas se alude es, sencilla y evidentemente, que *"engañó a Garré todo el tiempo, lo llevó de la nariz"*.

En ese funcionamiento contradictorio, cruzado de distintas partes, siento que la novela se defiende sola, se desmarca todavía más que otros textos anteriores (*La reina de las nieves*, por ejemplo) del "género", y desaparece la sensación de cuando la relacionan directamente con él. En esos momentos siento en cambio que la metáfora del título se vuelve concreta y sólida, y que las limitaciones de una fórmula que parecían haber salido volando por la ventana de la izquierda, entran por la ventana de la derecha y me pegan en un ojo.